

todo monaguillo. En todos los altos lugares se rindió culto y homenaje á Carlos y á Jacobo, á Belial y á Moloch; é Inglaterra aplacó á esos obscenos y crueles ídolos con la sangre de los mejores y más valientes de sus hijos. Vinieron crímenes tras crímenes, vergüenzas tras vergüenzas, hasta que la raza maldita de Dios y de los hombres fué expulsada por segunda vez para errar por la haz de la tierra, para servir de proverbio á los pueblos y para ser señalada con el dedo por las naciones (1).»

No he podido traducir todas las metáforas bíblicas de este pasaje, que ha conservado algo del acento de Milton y de los profetas puritanos. Basta, con todo, para indicar hacia dónde se dirigen las diversas tendencias de ese gran espíritu, cuál es su pendiente, cómo el espíritu práctico, la ciencia y el talento histórico, la atención continúa á las ideas morales y religiosas y el amor á la patria y á la justicia concurren á hacer de él el historiador de la libertad.

II

A ello contribuyó su talento: porque sus opiniones son de la misma familia que su talento.

Lo que llama la atención en él ante todo es la extraordinaria solidez de su espíritu. Prueba todo lo que dice con una fuerza y una autoridad asombrosas. Está

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo 1, pág. 46.

uno casi seguro de no extraviarse nunca siguiéndole. Si utiliza un testimonio, empieza por medir la veracidad y la competencia de los autores que cita, y por corregir los errores que pueden haber cometido por negligencia ó parcialidad. Si formula un juicio, se apoya en los hechos más ciertos, en los principios más claros, en las deducciones más sencillas y más lógicas. Si desenvuelve un razonamiento, jamás se pierde en una digresión; tiene siempre el objeto delante de los ojos, y se dirige á él por el camino más seguro y más recto. Si se eleva á consideraciones generales, sube paso á paso todos los grados de la generalización, sin omitir uno solo; sondea el terreno á cada instante; no añade ni quita nada á los hechos; quiere llegar á la verdad exacta al precio de todas las precauciones é investigaciones. Sabe infinidad de pormenores de toda especie; posee grandísimo número de ideas filosóficas y de todos linajes, pero su erudición es de tan buena ley como su filosofía, y una y otra constituyen una moneda digna de ser aceptada por todos los espíritus que piensan. Se ve que no cree nada sin razón; que, si se pusiese en tela de juicio alguno de los hechos que anticipa ó alguna de las ideas que sugiere, se vería llegar al instante una multitud de documentos auténticos y una apiñada legión de argumentos convincentes. En Francia y en Alemania estamos demasiado acostumbrados á recibir hipótesis con el nombre de leyes históricas, y anécdotas dudosas con el nombre de sucesos comprobados. Vemos con harta frecuencia fundarse sistemas enteros de la noche á la mañana, á medida del capricho de un escritor: especies de castillos fantásticos cuya disposición regular simula la apariencia de los verdaderos edificios, y que se deshacen de un soplo, al intentar tocarlos. Todos hemos fabri-

cado teorías, discutiendo al amor de la lumbre, cuando, faltos de razones en abono de nuestra causa, necesitamos echar mano de un argumento postizo, bien así como esos generales chinos, que para asustar al enemigo colocan entre sus tropas monstruos formidables de cartón pintado. Hemos juzgado á los hombres al vuelo, por la impresión del instante, por un hecho suelto, por un documento aislado, y los hemos dotado de vicios ó de virtudes, de sandez ó de genio, sin contrapesar por la lógica ni por la crítica las decisiones aventuradas á que nos arrastraba nuestra precipitación. Así es que se experimenta una satisfacción profunda y una especie de paz interior, al dejar á un lado tantas doctrinas aderezadas al minuto en nuestras revistas ó en nuestros libros, para seguir la marcha segura de un guía tan penetrante, tan reflexivo, tan instruido, tan capaz de dirigirnos bien. Se comprende por qué los ingleses acusan de ligeros á los franceses, y de quiméricos á los alemanes. Macaulay aplica á las ciencias morales ese espíritu de circunspección, esa necesidad de certidumbre y ese instinto de la verdad que forman el sentido práctico, y que desde Bacon constituyen en las ciencias el mérito y el poder de su nación. Si con ello pierden el arte y la belleza, ganan la verdad y la certidumbre; y, por ejemplo, nadie se atreve á tomarle en cuenta el haber insertado la demostración siguiente en la vida de Addison:

«Pope queria refundir su poema sobre el *Rizo robado*. Addison procuró disuadirle, y Pope declaró más adelante que aquel consejo insidioso le hizo adivinar por primera vez la deslealtad del que le había dado. Hoy no puede caber duda de que el plan de Pope era muy ingenioso y de que le ejecutó con una habilidad

y un éxito grandísimos. Pero ¿se desprende de aquí necesariamente que fuese malo el consejo de Addison? Y, caso de ser malo, ¿se desprende necesariamente que le diese con malas intenciones? Supongamos que un amigo nos pregunta si le aconsejamos que arriesgue toda su fortuna en una lotería donde no tiene más que una probabilidad en pro contra diez en contra; haríamos cuanto estuviese en nuestra mano por impedirle jugar semejante albur. Aunque tuviese la suerte de ganar el premio de treinta mil guineas, no pasaríamos por que fuese malo nuestro consejo, y nos parecería, á buen seguro, el colmo de la injusticia si el amigo nos acusara de haber procedido aviesamente. Nosotros creemos que el consejo de Addison era un buen consejo. Tenía en su apoyo un sólido principio, fruto de una larga y vasta experiencia. Indudablemente, la regla general es que, cuando una obra de imaginación ha salido bien, no debe refundirse. En este instante no podemos recordar un solo caso en que se haya infringido con fortuna esa regla, salvo el caso del *Rizo*. Tasso refundió su *Jerusalén*. Akenside refundió sus *Placeres de la imaginación* y su *Epístola á Curión*; el mismo Pope, animado sin duda por el éxito con que había retocado el *Rizo*, hizo la misma prueba con la *Dunciada*. Todos esos ensayos fracasaron. ¿Quién podía prever que Pope sería capaz de hacer, una vez en su vida, lo que él mismo no pudo hacer una segunda, y lo que nunca ha hecho ningún otro?

»El consejo de Addison era bueno. Pero, aunque hubiese sido malo, ¿por qué habríamos de reputarlo desleal? Walter Scott nos dice que uno de sus mejores amigos pronosticaba un fracaso para su *Waverley*. Herder instó á Goethe á no tomar un asunto tan desfavorable como *Fausto*. Hume quiso disuadir á Robert-

son de escribir la *Historia de Carlos Quinto*. Más aún: Pope mismo era de los que predecían que *Catón* no prosperaría nunca en las tablas, y exhortó á Addison á imprimirle sin aventurar una representación. Pero Walter Scott, Goethe, Robertson y Addison tuvieron la cordura y la generosidad de atribuir á sus consejeros intenciones puras. Pope no tenía un corazón como el de ellos (1).»

¿Qué opina el lector de ese dilema y de esa doble serie de inducciones? La demostración no sería más detenida y rigurosa si se tratase de probar una ley de física.

Acrescenta ese arte de demostrar el arte de exponer. Macaulay lleva la luz á los espíritus distraídos, como lleva la convicción á los espíritus rebeldes; hace ver de igual modo que hace creer, y difunde tanta evidencia sobre las cuestiones oscuras como certidumbre sobre los puntos dudosos. Es imposible no comprenderle; aborda el asunto por todos lados, le da vueltas en todos sentidos, parece que se ocupa de todos los espectadores, y procura hacerse entender de cada uno en particular; calcula el alcance de cada inteligencia, y busca la forma de exposición conveniente para cada cual; nos coge á todos de la mano, y nos lleva por turno al fin que se ha propuesto. Parte de los datos más sencillos, desciende á nuestro nivel, se pone al igual con nuestro espíritu, nos ahorra la molestia del más ligero esfuerzo; luego nos conduce, allanándonos siempre el camino; nosotros subimos poco á poco sin darnos cuenta de la pendiente, y al fin nos encontramos en lo alto, después de haber andado tan cómodamente como por una llanura. Cuando es oscura la ma-

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo v, pág. 144.

teria, no se contenta con una primera explicación, sino que da una segunda y una tercera; proyecta la luz profusamente, la trae de todos lados, va á buscarla á todas las partes de la historia, y lo maravilloso es que jamás es difuso. Al leerle, se siente uno en su elemento: ve que ha nacido para comprender, se extraña de haber tomado tanto tiempo la media luz por la luz, goza en ver salir y brotar á oleadas aquella copiosa claridad. Estilo exacto, antítesis de ideas, construcciones simétricas, párrafos opuestos con arte, resúmenes enérgicos, enlace ordenado de los pensamientos, comparaciones frecuentes: no hay una página donde no brillen el don y la necesidad de explicar que caracterizan al orador. Era miembro del Parlamento, y, según se dice, hablaba tan bien que se le escuchaba sólo por el gusto de oírle. El hábito de la tribuna es quizá la causa de esa incomparable lucidez. Para convencer á una gran asamblea, hay que dirigirse á todos sus miembros; para conservar la atención de hombres distraídos y fatigados, hay que ahorrarles toda fatiga; es menester que comprendan de sobra para que comprendan lo suficiente. Hablar en público es vulgarizar las ideas, es sacar la verdad de las alturas en que habita con algunos pensadores para hacerla descender en medio de la multitud, es ponerla al nivel de los espíritus comunes que, sin esa intervención, jamás la hubiesen divisado más que de lejos y muy por encima de ellos. Así, cuando los grandes oradores se deciden á escribir, son los escritores de más pujanza; tornan popular la filosofía; hacen subir un grado á todos los espíritus, y parecen agrandar la inteligencia del género humano. En manos de Cicerón pierden sus espinas los dogmas de los estoicos y la dialéctica de los académicos. Los sutiles razonamientos de los griegos truécense en cosa llana

y fácil; los difíciles problemas de la providencia, de la inmortalidad y del supremo bien pasan al dominio público. Los senadores, hombres de negocios, los jurisconsultos, pagados de las formas y actuaciones, las obtusas y estrechas inteligencias de los publicanos, comprenden las deducciones de Crisipo; y el libro *De los deberes* ha vulgarizado la moral de Panecio. Hoy M. Thiers, en sus dos grandes historias, ha puesto al alcance de todo el mundo las cuestiones más embrolladas de estrategia y de hacienda; si quisiese explicar un curso de economía política al mozo de la esquina, tengo por seguro que se haría entender; y alumnos de «segunda» han podido leer la *Historia de la civilización* de M. Guizot.

Cuando, juntamente con la facultad de probar y explicar, se siente el deseo de hacerlo, se llega á la vehemencia. Todos esos múltiples y rigurosos razonamientos dirigidos á un mismo fin, esos embates repetidos de lógica que á cada momento, y uno tras otro, vienen á quebrantar al adversario, comunican al estilo calor y pasión. Rara vez hubo elocuencia más avasalladora. Macaulay posee el soplo oratorio, todas sus frases tienen un acento; se ve que quiere dirigir los espíritus, que le irrita la oposición, que combate disertando. En sus libros, la discusión arrebatada y arrastra siempre á los lectores; avanza con movimiento igual, con fuerza creciente, en línea recta, al modo de esos grandes ríos de América, tan impetuosos como un torrente y tan anchos como un mar. Esa exuberancia del pensamiento y del estilo, esa multitud de explicaciones, de ideas y de hechos, esa enorme mole de ciencia histórica rueda, precipitada por la pasión interior, arrollando á su paso las objeciones, y aumentando el ímpetu de la elocuencia con la fuerza

irresistible de su masa y de su peso. Puede decirse que la historia de Jacobo II es un discurso en dos volúmenes, pronunciado de un aliento, sin flaquear nunca la voz. Se ve empezar, crecer y extenderse la opresión y el descontento; se ve á los partidarios de Jacobo abandonarle uno á uno; se ve nacer, afirmarse y consolidarse en todos los corazones la idea de la revolución; se ven marchar los preparativos, acercarse el acontecimiento, hacerse inminente, y luego desplomarse de pronto sobre el ciego é injusto monarca, y barrer su trono y su linaje con la violencia de una tempestad prevista y fatal. La verdadera elocuencia es la que completa así el razonamiento con la emoción; la que reproduce, merced á la unidad de la pasión, la unidad de los sucesos; la que repite el movimiento y el encadenamiento de los hechos á favor del movimiento y el encadenamiento de las ideas. Es la verdadera imitación de la naturaleza; es más completa que el puro análisis; reanima los seres; su fuego y su vehemencia forman parte de la ciencia y de la verdad. Trate la cuestión que quiera—economía política, moral, filosofía, literatura, historia—Macaulay se apasiona siempre por su asunto. La corriente que arrastra las cosas excita en él, en cuanto la descubre, una corriente que arrastra su pensamiento. No expone su opinión; la defiende. Tiene ese tono enérgico, sostenido y vibrante que hacer cejar las oposiciones y conquistada las creencias. Su pensamiento es una fuerza activa, se impone al oyente, se presenta con tal ascendiente, con tan gran cortejo de pruebas, con una autoridad tan palmaria y tan legítima, con bríos tan poderosos, que nadie sueña en resistir: domina el corazón con su vehemencia, al par que con su evidencia domina la razón.

Todos esos dones son comunes á los oradores: se encuentran, en proporciones y grados diferentes, en hombres como Cicerón y Tito Livio, como Bourdaloue y Bossuet, como Fox y Burke. Esos bellos y poderosos espíritus forman una familia natural, y los unos, como los otros, tienen por principal distintivo el hábito y el arte de pasar de las ideas particulares á las ideas generales, con orden y enlace continuo, como se sube una escalera poniendo el pie alternativamente en cada peldaño. El inconveniente de este arte es el empleo del lugar común. Los hombres que le practican no pintan los objetos con precisión; caen fácilmente en la retórica vaga. Tienen á mano procesos discursivos ya hechos, á modo de escalas portátiles que se aplican de igual suerte á las dos fases contrarias de la misma cuestión y de toda cuestión. Suelen cernerse en una región media, entre frases y argumentos de abogado, con mediano conocimiento del corazón y un número respetable de amplificaciones sobre lo útil y lo justo. En Francia y en Roma, en las razas latinas, sobre todo en el siglo xvii, acostumbran á remontarse sobre la tierra, recluyéndose en el dominio de las expresiones elevadas ó de las consideraciones generales, empleando el estilo de salón y de academia. No descenden hasta los hechos de pormenor, hasta los detalles comprobantes, hasta los ejemplos circunstanciados de la vida vulgar. Se inclinan más á abogar que á demostrar: Macaulay se separa de ellos en este punto. Su principio es que un hecho particular tiene más fuerza sobre el espíritu que una reflexión general. Sabe que, para dar á los hombres una idea clara y viva, es menester remitirlos á su experiencia personal. Afirma que el único medio de que comprendan una tempestad es recordarles tal tempestad que vie-

ron con sus ojos, que oyeron con sus oídos, que llena aún su memoria, y que zumba aún de rechazo en todos sus sentidos. Practica en su estilo la filosofía de Bacon y de Locke. Según él, como según ellos, el principio de toda idea es una sensación. Todo razonamiento complicado, toda concepción general tiene por único apoyo algunos hechos particulares: verdad que se aplica á toda armazón de ideas como á toda teoría científica. Bajo los largos cálculos, la fórmulas algébricas, las deducciones sutiles, los volúmenes escritos que contienen las combinaciones y las elaboraciones de los cerebros sabios, hay dos ó tres experiencias sensibles, dos ó tres hechos menudos que se os hace tocar con el dedo: la vuelta de una rueda en una máquina, la incisión que hace el escalpelo en un cuerpo vivo, la coloración imprevista de un líquido. Esos son los *specimens decisivos*. En ellos se contiene toda la sustancia de la teoría, toda la fuerza de la prueba. Allí está la verdad como la nuez en su cáscara; la discusión laboriosa é ingeniosa nada añade; no hace más que extraer la nuez. Por lo mismo, cuando se quiere probar bien, ante todo hay que presentar esos *specimens*, insistir sobre ellos, hacerlos visibles y tangibles al lector hasta donde lo consientan las palabras. Es difícil, porque las palabras no son las cosas. El único recurso del escritor es emplear palabras que pongan las cosas delante de los ojos. Para ello hay que apelar á la observación personal del lector, partir de su experiencia, comparar los objetos desconocidos que se le muestran con los objetos conocidos que ve todos los días, parangonar los acontecimientos antiguos con los acontecimientos contemporáneos. Macaulay tiene siempre delante de los ojos imaginaciones inglesas, llenas de imágenes inglesas,

es decir: por el recuerdo detallado y presente de una calle de Londres, de una bodega, de una barriada de pobres, de una tarde en Hyde-Park, de un paisaje húmedo y verde, de una casa blanca y tapizada de hierba en el campo, de un *clergyman* de corbata blanca, de un marinero con gorra de cuero. A esos recuerdos se dirige; los hace más precisos aún mediante pinturas y estadísticas; señala los colores y las cualidades; es apasionado por la exactitud: sus descripciones son dignas á la vez de un pintor y de un geógrafo: escribe como hombre que ve el objeto físico y sensible, y que al propio tiempo le clasifica y aquilata. Le veréis aplicar sus números hasta á los valores morales y literarios, asignar á una virtud, á una acción, á un libro, á un talento, su casilla y su rango en la escala, con tal claridad y tal relieve, que le parece á uno estar en un museo, no de pieles rellenas de paja, sino de animales sensibles y vivos.

Nótense, por ejemplo, estas frases con que procura sensibilizar para un público inglés los acontecimientos de la India: «En tiempo de Warren Hastings (dice), el gran negocio de un servidor de la Compañía era sacar á los indígenas cien ó doscientas mil libras esterlinas en el menos tiempo posible, á fin de volver á Inglaterra antes de que se resintiese del clima su constitución, para casarse con la hija de un par, comprar distritos venales en el Cornualles, y dar bailes en Saint-James square... Había aún un nabab de Bengala que representaba, con respecto á los dominadores ingleses de su país, el mismo papel que Augústulo con respecto á Odoacro, ó los últimos Merovingios con respecto á Carlos Martel y Pipino el Breve. Vivía en Moorshedabab, con magnífico y regio boato. Se le trataba con muestras exteriores de respeto, y su

nombre figuraba en los actos oficiales. Pero, tocante al gobierno del país, tenía menos parte que el último amanuense al servicio de la Compañía...» En cuanto á Nuncomar, el ministro indígena de la Compañía, «es difícil dar una idea de él á los que no conozcan la naturaleza humana más que por los caracteres bajo los cuales se presenta en nuestra isla; lo que el italiano es al inglés, lo que el indo es al italiano, lo que el bengalí es á los otros indos, eso era Nuncomar con respecto á los otros bengalíes. La organización física del bengalí es tan débil que raya en afeminada. Vive en un baño perpetuo de vapor. Sus ocupaciones son sedentarias; sus miembros, delicados; sus movimientos, lánguidos. Durante varios siglos le han pisoteado hombres de raza más animosa y emprendedora. El valor, el espíritu de independencia y la veracidad son prendas á que se prestan poco su constitución y su situación. Su espíritu guarda notable analogía con su cuerpo. Es débil hasta el punto de abandonarse cuando hace falta una resistencia viril; pero su flexibilidad y su tacto excitan en los hijos de climas más rudos una admiración no exenta de desdén. Todos los artificios que constituyen la defensa natural del débil son más familiares á esa raza sutil que al jonio del tiempo de Juvenal ó al judío de la Edad Media. La astucia y la perfidia son para el bengalí lo que los cuernos para el búfalo, lo que la garra para el tigre, lo que el aguijón para la abeja, lo que la belleza, según la antigua canción griega, para la mujer. Muchas promesas, disculpas melosas, tejidos de mentiras complicadas, de embrollos, de perjurios y falsedades: tales son las armas defensivas y ofensivas de los pobladores del Ganges inferior. Pero, como usureros, cambistas y procuradores redomados, no hay